

El sujeto transido en el ciber mundo

Andrés Merejo. Universidad Autónoma de Santo Domingo (República Dominicana)

Recibido 22/04/2025 • Aceptado 03/06/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0001-5982-9372>>

Resumen

El ensayo explora tres estados emocionales profundos que emergen de la existencia del ser humano en estos tiempos cibernéticos. Uno de estos estados es el transido, entendido como un abatimiento o dolor moral y físico inherente a la condición existencial del ser humano, marcada por el hecho de vivir y morir. También existe lo que podría llamarse un transido transitorio, una forma de ese mismo dolor que sí puede ser superada o transformada. Esta variante puede ser afrontada y mitigada gracias a la solidez de las instituciones y al tejido social.

Por otro lado, aparece el hipertransido, que representa un exceso de angustia, dolor y sufrimiento insoportable ante eventos devastadores que no cesan. Es una experiencia emocional extrema, difícil de superar, en la que el individuo se enfrenta a un entorno profundamente hostil que rebasa las capacidades personales y colectivas de contención y resiliencia.

El mundo y el ciber mundo aparecen como un escenario marcado por lo transido, transido transitorio y lo hipertransido, que se mueven entre la policrisis, entendida como múltiples crisis interrelacionadas. En este contexto, se alude a la República Dominicana como ejemplo de cómo lo transido se refleja en el rostro humano marcado por la historia social y cultural. La tarea urgente en estos tiempos transidos y cibernéticos no es solo resistir el dolor, sino dotarlo de sentido y construir comunidad a pesar del vértigo del presente.

Palabras clave: ciber mundo, transido, transido transitorio, hipertransido.

Abstract

The subject transient in the cyber world

The essay explores three deep emotional states that emerge from human existence in these cybernetic times. One of these states is transient state, understood as a form of moral and physical suffering inherent to the human condition, marked by the inevitability of life and death. However, there is what could be called a transitory transient state, a form of this same pain that can be overcome or transformed. This arises from situational crises in the social, economic, or political spheres and can be mitigated through strong institutions and a resilient social fabric.

On the other hand, there is the hyper transient state, which represents an excess of anguish, pain, and unbearable suffering in the face of devastating events that continue unabated. It is an extreme emotional experience, difficult to overcome.

The world and the cyber world appear as a scenario marked by the transient, the transient, and the hyper transient, which move between a polycrisis, understood as multiple interrelated crises. In this context, the Dominican Republic is cited as an example of how the transient is reflected in the human face marked by social and cultural history. The urgent task in these transient and cybernetic times is not only to resist pain, but to give it meaning and build community despite the vertigo of the present.

Key words: Cyber world, Transitory Transient, Hypertransient.

El sujeto transido en el ciber mundo

Andrés Merejo. Universidad Autónoma de Santo Domingo (República Dominicana)

Recibido 22/04/2025 • Aceptado 03/06/2025

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0001-5982-9372>>

De todo cuanto ha sido escrito, yo solo amo aquello que se escribe con la propia sangre. Escribe con sangre: y sabrás que la sangre es espíritu.

Friedrich Nietzsche (2016: 88)

§ 1. El sujeto transido en el ciber mundo

El ciber mundo, como sistema complejo, emerge de la confluencia entre la cibernética, la digitalización, la inteligencia artificial y la virtualidad, instaurando un nuevo paradigma de existencia social, económica, política, educativa y cultural, en el que se diluyen las fronteras tradicionales entre lo humano y lo tecnológico.

En esta nueva dimensión ontológica, el ciber espacio actúa como un entorno virtual, interactivo y expansivo que no solo media, sino que moldea las relaciones humanas, las estructuras de poder (control autoritario virtual y fin de la privacidad), las formas de conocimiento y las dinámicas de producción y comunicación (Merejo, 2007).

Este mundo cibernético está sustentado en la relación dialéctica y simbiótica entre el ser humano y la máquina, donde la interfaz tecnológica se convierte en una extensión del pensamiento, de la acción y de la subjetividad humana. El ciber mundo es, por tanto, una arquitectura virtual pero funcional, cuyos cimientos son los flujos de información, los algoritmos inteligentes y las redes de datos, que articulan una nueva forma de habitar y construir realidad.

El mundo cibernético, se despliega a través de subsistemas interdependientes, tales como: el educativo, donde el conocimiento se deslocaliza y se reconfigura en entornos virtuales para la enseñanza, transformando la figura del educador, los métodos de aprendizaje y los espacios de saber; el político, que redefine la participación, el control y la soberanía a partir del poder algorítmico, la vigilancia digital y la democracia en red, que es lo ciberpolítico; el económico, caracterizado por la virtualización del capital, el surgimiento de criptomonedas, el trabajo descentralizado y el dominio de

las plataformas en la cibereconomía, y el social, donde la identidad diluida y, la interacción y la cultura se reescriben en el discurso de lo digital e inteligencia artificial, en redes sociales, avatares y metaversos, instaurando nuevas formas de subjetividad, comunidad y cibercultura.

1. 1. *Transido, transido transitorio e hipertransido*

El ciber mundo es una construcción del sujeto cibernético, que es el ser humano, ente viviente e individual, dotado de lenguaje, discurso, poder, saber y vínculo social, y que no puede escapar a su inherente condición de transido.

En este mundo cibernético, *lo transido*, en su acepción más profunda, alude a un abatimiento o dolor moral consustancial a la experiencia de ser sujeto; una grieta existencial que nos atraviesa por el simple hecho de estar vivos y sabernos finitos. Este estado no se mitiga completamente mientras se conserve la conciencia: solo la muerte, como interrupción definitiva del sentir, pone fin a lo transido. Es una marca ontológica, un residuo inevitable de nuestra condición humana.

Sin embargo, aparte de estar traspasados por nuestra condición de seres vivientes transidos, en el ámbito social, económico y político, se distinguen tres modalidades que dependen de las particularidades de cada sociedad y fluctúan en un constante ir y venir entre los países. Estas modalidades son: lo transido notorio, lo transido transitorio y lo hipertransido.

En el ámbito de lo transido se encuentra parte de América Latina, donde lo más evidente de esta condición es una estructura política que oscila entre el autoritarismo y la democracia, y que se mueve en una tensión constante entre la pre-Modernidad, la Modernidad y la Posmodernidad. Es en ese cruce de tiempos y en una vida social y política atravesada por contradicciones donde se configura gran parte de su realidad en esta era del ciber mundo (Merejo, 2015).

Basta mencionar algunas naciones latinoamericanas que laten al ritmo de viejas heridas y nuevos anhelos: Argentina, Ecuador, El Salvador, entre otras, que comparten más que idioma y pasado colonial; están sumidas en lo transido, ese estado visible y casi permanente de transformación inconclusa, donde los ciclos se repiten, con mayor o menor intensidad en algunas de esas naciones.

El *transido transitorio*, en cambio, representa una forma modulada de ese sufrimiento: una herida abierta por eventos sociales concretos. Aquí el dolor no es un destino, sino un proceso, puede convertirse en memoria, en lucha, en reparación. Su carácter transitorio abre la posibilidad de reconfigurar lo vivido, incluso de subvertirlo en formas creativas o emancipadoras.

Lo transido transitorio, ese tiempo que atraviesa y se transforma, trae consigo, en ocasiones, la pérdida de vidas a causa del cambio climático. Pero estas muertes no son solo consecuencia de fenómenos naturales: son también el reflejo de un entramado más profundo, un síntoma de corrupción, violencias, exclusiones y negligencias estructurales.

La sociedad norteamericana se encuentra atravesada por un estado de tránsito transitorio, inmersa en una intensa lucha política marcada por el ascenso de corrientes ultraderechistas y un gobierno de corte ultranacionalista que amenaza con desmantelar los pilares del sistema democrático. A esto se suman las denominadas «dianas del desastre», que emergen en algunos puntos de su territorio, como California, Texas y Luisiana, donde fenómenos como incendios forestales, huracanes y olas de calor dejan huellas profundas. En España ocurre algo similar, especialmente en regiones como Andalucía, la Comunidad Valenciana y Cataluña, donde las inundaciones, los incendios y las olas de calor también generan impactos irreversibles.

No obstante, estas huellas, aunque dolorosas, pueden ser enfrentadas y eventualmente superadas si se reconocen como parte de una crisis global que exige justicia ambiental, acción política y memoria colectiva. En este sentido, las fortalezas institucionales y los recursos económicos de estas sociedades pueden desempeñar un papel clave para articular respuestas efectivas, sostenidas y transformadoras ante los desafíos que impone el colapso climático.

Cuando las estructuras institucionales se quiebran sin remedio, cuando el tejido social es incapaz de ofrecer sostén o siquiera reconocimiento, el sufrimiento se convierte en hipertransido.

Lo *hipertransido* se refiere a una forma extrema de sufrimiento, cuando el dolor excede los límites de lo soportable y se convierte en algo imposible de procesar emocionalmente. No se trata solo de una aflicción individual, sino de un colapso que alcanza dimensiones estructurales y colectivas. Es la vivencia de un entorno que se

desploma sin contención posible, donde la devastación se vuelve constante, ubicua, atmósfera. En este estado, el dolor deja de pertenecer únicamente al cuerpo o la mente individual y se transforma en una experiencia compartida, comunitaria, como ocurre en territorios marcados por el conflicto y la catástrofe: Palestina, Ucrania y Haití.

Estas tres categorías no operan de forma aislada: conforman un continuo dinámico inscrito en lo social. El transido puede devenir transitorio cuando existen mecanismos simbólicos o materiales de cuidado, justicia o reparación. Pero también puede persistir y endurecerse, fijándose como una herida abierta, un dolor que no cesa de sangrar, aunque permanezca la voluntad de no rendirse. Es ese acto de seguir habitando el dolor con la esperanza de transformarlo, como ha sucedido históricamente en contextos de resistencia como la de República Dominicana transida, donde el sufrimiento no ha sido únicamente pasividad sino una forma de impulso vital, una fuerza para sostener la vida en medio de la devastación.

En este marco, la experiencia emocional deja de ser un fenómeno meramente psicológico para convertirse en un termómetro social: el sentir individual se vuelve señal, alerta, una forma de diagnóstico del estado de lo común. Doler, en estos contextos, no es solo una vivencia privada, sino también una manera de leer la historia y el presente de los pueblos. Así, el hombre transido es aquel sujeto atravesado no solo por una tristeza íntima, sino por la conciencia de habitar el ciber mundo, por la carga del tiempo, el exceso de información y la finitud de su existencia.

La vida, entre su encanto y crueldad, deja marcas en ese ser transido, que como sujeto no es solo el que sufre, sino el que sabe que sufre, el que se ha despertado del letargo de la costumbre para mirar de frente su vulnerabilidad.

Esta forma de existir exige una filosofía de lo actual «Nietzsche fue el primero en definir la filosofía como la actividad que pretende saber lo que pasa y lo que pasa ahora [...]. Filósofo del presente, filosofía de lo que ocurre» (Foucault, 1999: 152), que no se esconda tras fórmulas vacías o tecnicismos, sino que nazca desde el temblor, desde el dolor sin nombre, desde la lucidez de saberse frágil, como parte de esa alma transida de Camus (2006). No se trata de una visión pesimista, sino radicalmente humana. Pensar desde el dolor es rechazar la negación del sufrimiento que domina la cultura

del entretenimiento y de la evasión. En *La sociedad paliativa*, Han, lo sintetiza: «Hemos perdido por completo el arte de padecer el dolor» (Han, 2021).

1. 2. *El presente y el hombre transido*

El presente no se define solo por lo que tenemos, sino por lo que hemos perdido. Vivimos una época cibernética en la que la aceleración del tiempo ha arrasado con la profundidad. La lógica del mercado ha invadido nuestras formas de amar, pensar y recordar.

El hombre transido es testigo del deterioro lento de la experiencia humana, sustituida por la urgencia del rendimiento, por la dictadura de lo inmediato, que es la posexperiencia en su máxima expresión. Se encuentra desgajado de su centro, convertido en consumidor de una vida que ya no parece suya (Merejo, 2023a).

La policrisis global ha hecho de este dolor una condición universal. El cambio climático, la precarización del trabajo, las pandemias, las guerras, la erosión de la democracia y el colapso de la salud mental configuran un paisaje donde la existencia parece más frágil que nunca. En este contexto, el sujeto transido no es una excepción: es el espejo roto en el que muchos ya se miran, sin saberlo.

Asistimos a una desestabilización múltiple: política, económica, ecológica, emocional. La noción misma de verdad se ha puesto en jaque. La posverdad no es solo una estrategia de poder, sino un síntoma de una sociedad donde la desconfianza ha reemplazado al diálogo. En este caso, el hombre transido camina entre los escombros de los grandes relatos y del dolor, sin certezas a las que aferrarse, pero con una conciencia dolorosa que le despierta la esperanza (Han, 2024a).

La inteligencia artificial ha acelerado este proceso de transformación radical. Si bien promete avances y eficiencias, también ha puesto en cuestión el sentido del trabajo humano, el valor de la creatividad y la autenticidad. El hombre transido observa cómo su mundo se automatiza, cómo los dispositivos inteligentes comienzan a replicar aspectos del lenguaje, del arte, de la lógica. Se pregunta, con una mezcla de asombro y angustia, ¿queda algo que nos distinga realmente?

La IA se ha convertido en síntoma de un modelo civilizatorio que ha confundido progreso con aceleración. En medio de esta tormenta, el sujeto transido no busca negar los avances, sino recuperar el lugar del alma en un ciber mundo cada vez más

vulnerable, más frío, más automatizado y lleno de escritores estándar, en serie, que los *chatbots* inteligentes vomitan.

El resurgimiento del fanatismo y los movimientos ultranacionalistas no es un hecho aislado. Es la reacción violenta de una Modernidad líquida (Bauman, 2004) que se siente amenazada. La incertidumbre global, el colapso de los vínculos y la desilusión con los discursos liberales han reabierto el espacio para el odio disfrazado de pertenencia.

El sujeto transido ve cómo los discursos excluyentes crecen, cómo la nostalgia por pasados idealizados alimenta la violencia simbólica y real.

El dolor, cuando no encuentra una salida creativa o amorosa, puede volverse destructivo. Y eso es lo que se ve en los extremismos: una canalización del sufrimiento hacia el otro, convertido en enemigo. El sujeto transido no es ajeno a esta tensión. La siente dentro de sí, como una batalla entre la amargura y la compasión. Pero su dolor si permanece abierto, puede ser también una fuente de resistencia y parte del amor.

La polis se ha roto. Lo comunitario ha sido absorbido por el individualismo feroz. El espacio compartido se ha vuelto campo de batalla entre identidades aisladas. Las redes sociales, lejos de conectar, fragmentan. El hombre transido intenta habitar una comunidad que ya no se siente y ni se piensa como tal en lo virtual ni en lo real. Busca en el discurso, en el silencio, en la mirada del otro, algún resquicio de humanidad.

Pero el transido no es únicamente el que sufre pasivamente. Es también el que recuerda, el que aún guarda la memoria de lo que fue posible. Es quien, en medio del caos, se niega a volverse cínico. Su herida no lo ha llevado a la indiferencia, sino a una conciencia más despierta. Porque ha tocado fondo y sabe que solo desde allí se puede construir algo diferente. Precisamente, la construcción del ser transido, brota de la literatura, la poesía y la narrativa (Hölderlin, 2015; Vallejo, 1971; Camus, 2006; Bosch, 2001) para devenir concepto filosófico y social (Merejo, 2017).

El poema de Vallejo (1971), en el que lo transido resuena ante un estado de sufrimiento visceral, expresa su dolor moral intenso de manera desgarradora y con desasosiego: *Transido, salomónico, decente* (1979: 285) es el título de ese poema, que no deja de lado, en medio del tormento, la reflexión crítica sobre lo «decente» como parte de la existencia humana, cuestionando la posibilidad de mantener la dignidad frente

a un mundo que continuamente desafía la razón y la esperanza. La lucha entre el dolor y la búsqueda de un sentido de equilibrio permea cada verso, revelando la complejidad del alma humana atrapada en las contradicciones de la vida.

De ahí que lo «salomónico» se deje llevar por un anhelo de sabiduría y justicia en medio del caos emocional, y por la búsqueda inherente de respuestas a las preguntas más profundas sobre la existencia. De esta manera, Vallejo transforma la experiencia del sufrimiento en una meditación sobre la condición humana, desafiando al lector a confrontar su propia relación con el dolor y la búsqueda de significado en estos tiempos de polícrisis.

Es de ahí, que el discurso del sujeto transido no es doctrinal. Es una búsqueda sin mapa. No necesita dogmas, sino espacios donde los espacios vuelvan a ser dialógico y respirable. Su anhelo no es de poder, sino de reflexión, crítica y sentido.

En el ensayo «Con el alma transida», incluido en *El revés y el derecho* (2006), Albert Camus se adentra en un territorio de su pensamiento: el desarraigo como experiencia fundacional del hombre lúcido. No escribe desde el recuerdo infantil ni desde la nostalgia familiar, sino desde esa sensación radical de no pertenencia que lo atraviesa en ciudades extrañas, bajo cielos que no lo reconocen. En ese paisaje interior, el alma no se queja, pero tampoco se entrega.

Camus camina y medita en condición de inmigrante, no en busca de consuelo, sino de confirmación, que el mundo no lo espera, que nada en él está hecho a su medida. Entra a iglesias, museos, salones antiguos, donde el arte y la historia parecen hablar en un idioma ajeno. Hay belleza, sí, pero no hay vínculo. Esa es la herida, estar frente a lo sublime y no hallar en ello una sola promesa de pertenencia.

Y sin embargo, en medio de esa soledad, no aparece la desesperación, sino una calma nueva. Una plenitud austera, sin lágrimas, sin exaltación. Es la paz del que ha renunciado a pedir sentido y ha elegido ver. Esa alma, transida por la claridad de su exilio interior, ya no espera ser acogida por el mundo. Solo lo mira, lo nombra, y sigue andando.

En la cima de esa conciencia extrema, cuando ya no queda refugio ni consuelo, todo se revela en bloque: la vida como un todo indivisible que no se puede fragmentar ni negociar. No hay redención, pero tampoco condena. Solo una forma de lealtad

silenciosa con uno mismo, aceptar el absurdo, no como tragedia, sino como terreno firme desde dónde comenzar a vivir.

El cuerpo del sujeto transido es también un campo de batalla. Las exigencias del rendimiento han convertido el cuerpo en un objeto de control, productividad y apariencia. Se ha perdido la experiencia encarnada, la conexión con los ritmos naturales, con el placer no medido. El cuerpo, más que nunca, pide escucha. La herida también habla a través de la carne: insomnio, ansiedad, fatiga, enfermedades psicosomáticas.

Frente al ruido constante, el hombre transido descubre el valor del silencio. No como escape, sino como espacio de recomienzo. El silencio le permite distinguir su voz de las voces que le han impuesto desde fuera. Allí, poco a poco, redescubre su latido, su historia, su palabra propia.

La educación, tal como la hemos conocido, parece cada vez más incapaz de formar seres humanos sensibles y críticos. Se enseña a competir, a producir, a obedecer y a ser indiferente ante lo paliativo, la compasión; no a habitar la incertidumbre, a pensar con profundidad, a convivir con el otro diferente. El sujeto transido de conciencia crítica anhela una educación que no sea solo instrucción, sino transformación, que implique los siete saberes de la educación, tal como lo plantea Morin (1999):

- 1) Las cegueras del conocimiento: el error y la ilusión;
- 2) Los principios de un conocimiento pertinente;
- 3) Enseñar la condición humana;
- 4) Enseñar la identidad terrenal;
- 5) Enfrentar las incertidumbres;
- 6) Enseñar la comprensión;
- 7) La ética del género humano.

El discurso del sujeto transido no es la del triunfo, éxito, sino la del temblor y el dolor. Encuentra en sus palabras un refugio, una forma de decir lo que no se puede nombrar con precisión. El ensayo filosófico, la literatura, la música, la pintura, se vuelven modos de sostenerse en medio del derrumbe global. No como evasión, sino como resistencia de un ciber mundo que pone fin a la privacidad (Merejo, 2015).

La esperanza del sujeto transido no es ingenua. No espera milagros ni utopías sin conflicto. Su esperanza nace de haber estado en lo más oscuro y seguir respirando. Es una forma de perseverancia silenciosa.

El sujeto transido de nuestro tiempo no es un personaje mítico ni una figura literaria. Es cualquiera de nosotros. Es quien, en medio del colapso, sigue buscando sentido. Quien se atreve a mirar su herida sin huir. Quien transforma su fragilidad en modo de estar en el ciber mundo.

El sujeto transido que asume la crítica como tradición de la Modernidad, comprende que el colapso ya no es una amenaza futura, es un aquí y ahora. Lo transido, eso que atraviesa el corazón, no de forma superficial, sino honda, sin anestesia, ya no es una figura literaria (Vallejo); es una manera de filosofar estos tiempos cibernéticos.

La tristeza ya no es solo un sentimiento privado, sino una forma de pensar que no huye del dolor: busca revelar lo que se oculta al negarlo, y a la vez, resistir sin rendirse a él. En este presente de cinismo y automatización, de agotamiento y simulacro, la poesía de Hölderlin (2015) irrumpe como un acto de claridad. Nos recuerda que la vida, por enferma que esté, mientras ame, sigue viva:

Hermosa vida, enferma yaces,
tengo el corazón transido de lágrimas,
en mí se apaga ya el valor:
pero no obstante no puede creer
que muera, vida, en tanto que amas.

Y que lo humano, con todo su dolor, su debilidad, su ternura, todavía tiene algo que decir, algo que no puede ser optimizado ni calculado en estos tiempos transidos y cibernéticos.

§ 2. República Dominicana: rostros transidos por la tragedia

La modernización arquitectónica en la República Dominicana se ha desarrollado de forma vertical desde los años 70 del siglo XX, muchas veces sin una planificación adecuada, más allá de maximizar el beneficio económico de grandes edificaciones, puentes, túneles y avenidas, y no por un enfoque urbano sostenible.

Estas infraestructuras, símbolos de progreso, se tornan en pesadillas cuando los enfurecidos aguaceros inundan la ciudad, revelando su fragilidad. Es una modernización transida de abandono social y desconexión ambiental, donde el progreso social parece no tocar el suelo real que pisan sus ciudadanos, dejando tras de sí un desarrollo herido, atravesado por la desmemoria histórica (Merejo, 2017).

En algunos acontecimientos que se producen en la sociedad dominicana sale a relucir ese laberinto interior transido en el rostro del dominicano, no solo por su condición humana y, como tal, lo inevitable del morir, sino también por las contingencias y las causalidades que cabalgan como tragedia en la historia social, cultural, económica y política.

El país está transido de dolor. La tragedia se ha vuelto una sombra que nos persigue sin descanso. Esta vez, se hizo presente en la discoteca Jet Set, cuyo techo se desplomó con una rapidez brutal, llevándose consigo más de 230 vidas. La cifra continúa aumentando debido al fallecimiento de algunos de los 189 heridos que inicialmente sobrevivieron, en medio de la música, el bullicio y la alegría de una gente que no sabía que vivía la última noche de su vida.

En el inicio de la oscura madrugada del 8 de abril de 2025, se entretejió la más reciente herida en el cuerpo ya lacerado de esta nación, que en lo que va del siglo XXI ha visto demasiado, ha llorado demasiado. Aún se nos encoge el alma al recordar la pandemia del COVID-19, ese enemigo invisible que nos encerró en la soledad y nos arrebató miles de vidas, sin darnos ni siquiera el derecho al último adiós. El dolor fue entonces un eco en cada hogar, un rostro tras una ventana, una ausencia en la mesa.

Y mucho antes, en 2005, fue la prisión de Higüey la que se convirtió en un horno de muerte. Un motín, una chispa, y luego el fuego, cruel, incontrolable, devorando a 137 reclusos que ardieron vivos, sin escapatoria. El horror de aquellos gritos aún flota entre los barrotes, como si la cárcel misma no hubiera podido olvidar.

El 14 de agosto de 2023, San Cristóbal se estremeció hasta las entrañas. Una explosión arrancó de raíz el corazón del Mercado Viejo. El tanque de gas de la fábrica Vidal Plast estalló y con él volaron en pedazos 38 vidas, decenas de cuerpos, cientos de hogares. Aún se respira el humo de esa tragedia, aún se escuchan las sirenas en los sueños de quienes sobrevivieron.

Y en septiembre de 2024, Azua lloró su propia pesadilla. Un camión desbocado irrumpió en la madrugada como un lobo entre corderos, estrellándose contra un centro de diversión. Once muertos. Cuarenta heridos. El conductor huyó. Pero nadie huye del dolor, porque es parte de la condición humana.

Son tantas las tragedias y los dramas aterradores que marcan los rostros transidos del pueblo dominicano, que esta condición no puede reducirse a una simple fatalidad. Podemos enumerar múltiples acontecimientos que evidencian que no se trata de un destino inevitable del ser dominicano, sino del resultado de la petulancia de los dueños de muchos de esos establecimientos, quienes actúan en complicidad con algunos supervisores, cuando los hay, dando a entender que el poder adquisitivo lo compra todo, sin considerar al ser humano ni las consecuencias sociales que se derivan de esa práctica cotidiana.

Esto no es un producto del destino, ni de una fuerza externa o misteriosa. No se trata de que esos seres humanos, dominicanos en su mayoría, estaban simplemente destinados a morir. Pensar así es una forma de deshumanizar, de naturalizar la tragedia y de cerrar los ojos ante las verdaderas causas.

Explosiones en plantas de gas, derrumbes de edificaciones por la aprobación apresurada de planos por parte de las oficinas de planeamiento urbano, sin un estudio profundo de estos, o que en ocasiones ni siquiera pasan por la Oficina de Planeamiento Urbano, responsable de supervisar este tipo de proyectos; la imprudencia de conductores de autobuses y patanas, los estruendosos ruidos de los colmadones y la violencia constante en estos establecimientos son solo algunos ejemplos que reflejan una sociedad devastada y desgarrada.

Ahora, con Jet Set, el país vuelve a quebrarse. No hay consuelo posible cuando el dolor se instala tan profundo que no alcanza el llanto para expresarlo. Somos una tierra transida, una patria que guarda luto con los puños apretados y la garganta hecha nudo. Cada tragedia es una cicatriz que no cierra, una historia arrancada de cuajo, una oración dicha a gritos frente a lo que no se puede entender.

Sin embargo, en medio de la fragilidad y lo contingente que es parte de esa condición humana, la nación dominicana no puede dejar de buscar las causas de esta cultura del descuido y la irresponsabilidad, marcada por la falta de control y supervisión.

En algunos entornos urbanos de la República Dominicana, ha proliferado una cultura en la que ciertos dueños de negocios de diversión nocturna se comportan con una prepotencia desmedida, como si fueran amos y señores del país.

Respaldados por una preocupante normalización del ruido excesivo, actúan con agresividad y desdén hacia las normativas existentes. No sólo desobedecen regulaciones diseñadas para preservar la convivencia ciudadana, sino que además lo hacen con una actitud desafiante, como si estuvieran por encima de la ley. Este fenómeno revela una alarmante erosión del respeto por el bienestar común y por las normas básicas de convivencia.

El ambiente frente a lo que queda de la discoteca Jet Set es irrespirable. La tensión se palpa en cada gesto, en cada mirada, en el aire denso que apenas se mueve. La noche no terminó: se transformó en una espera interminable, congelada en el tiempo, donde cada minuto pesa más. Rostros transidos de angustia se mezclan con el polvo, con las luces rojas y azules que parpadean sin descanso, y con los murmullos que apenas se atreven a romper el silencio, de una voz que retumba del inframundo, con la contagiosa canción que esa noche ponía a todos a bailar¹.

«¡Sobreviviré! Ya lo verás, para [...] aborrecerte o hasta quererte más» revela el entramado contradictorio del ser humano, especialmente palpable en el sentir caribeño y, en particular, en el ser dominicano transido, donde las emociones se viven con intensidad y sin filtros. Esta ambivalencia afectiva, amar y odiar casi en el mismo gesto, no es signo de debilidad emocional, sino expresión auténtica de una subjetividad compleja, moldeada por contextos de lucha, dolor, pasión y sobrevivencia.

En el ser dominicano, donde la música y el amor se entrelazan con el orgullo y la resistencia, esta contradicción no se oculta, sino que se asume como afirmación vital. Se sufre, se ama, se sobrevive y se canta: «¡Sobreviviré! Ya lo verás».

Esta canción de Rubby Pérez sobrevivirá, a pesar de su partida física, enclavada en la vida cotidiana del ser dominicano, aunque por este instante no haya más ruido que el del alma rota, en medio de los trágicos videos sobre el desplome de la emblemática

¹ «¡Sobreviviré! Claro que sí / Aunque reviente / Contigo o sin ti / ¡Sobreviviré! Ya lo verás / Para olvidarte, aborrecerte / O hasta quererte más» (Rubby Pérez, 2017).

discoteca circula una y otra vez por las redes sociales del ciberespacio, acompañado por la estrofa de la canción *Volveré* (2025)².

Alrededor de la tragedia, las sirenas han aprendido a callar, y yace el cuerpo inmóvil de alguien que anoche bailaba, sin imaginar que el alba lo encontraría bajo tierra.

El dolor es colectivo, y por eso duele aún más. Las miradas de rostros transidos revelan algo que las palabras no alcanzan: la desesperanza de algunas almas que van dándose cuenta de que sus parientes están petrificados entre los escombros.

Nada consuela. No hay cifras que importen ahora. No hay análisis que puedan explicar lo absurdo, ni siquiera el filosofar de Camus, ante esos rostros transidos que ven salir cadáveres de los escombros. Solo queda el silencio, esa pausa grave donde el alma se encoge y el cuerpo, también transido, apenas resiste.

Desde mi otredad, la memoria relampaguea el recuerdo de aquel merengue interpretado por 39 artistas dominicanos en plena pandemia, ocasión en la que escribía una serie de artículos cierto periódico sobre los rostros transidos de angustia. *Cibermundo transido*, así titulé aquel texto que hablaba del dolor, pero también de la esperanza (Merejo, 2020).

Esa canción que vuelvo a recordar es *Resistiré República Dominicana*, interpretada por artistas dominicanos, y que también encarna el espíritu del ser dominicano: esa fuerza colectiva, esa ternura en medio del caos, esa capacidad de reinventarse. Fue en el 2020, cuando el mundo se detuvo por el COVID-19, que ese ese espíritu de resistencia se volvió latente, visible y vivo. Solidaridad, esperanza y resistencia: tres notas que aún resuenan en nuestra memoria³.

La lucha y la resistencia en medio de abatimiento y la desesperanza ha sido una constante en el pueblo dominicano. En ocasiones, la resistencia se convierte en fe, quizá en el último recurso frente a un entorno que arde, se agota o simplemente repite los acontecimientos trágicos de ser dominicano.

² «Volveré, volveré / Porque te quiero hasta tu puerto volveré [...] / Serás mi estrella, si tú me esperas volveré...».

³ «Cuando pierda todas las partidas / cuando duerma con la soledad / cuando se me cierren las salidas / y la noche no me deje en paz. / Cuando sienta miedo del silencio / cuando cueste mantenerme en pie / cuando se rebelen los recuerdos / y me pongan contra la pared. / Resistiré, / erguida frente a todo / me volveré de hierro para endurecer la piel / y aunque los vientos de la vida soplen fuerte / soy como el junco que se dobla / pero siempre sigue en pie» (Resistiré República Dominicana, 2020; canción original de Manuel de la Calva y Carlos Toro Montoro, 1989)

En el cuento «Dos pesos de agua», Juan Bosch (2001) retrata con fuerza parte de esa historia transida del dominicano, al decir que

La vieja Remigia se acostaba y rezaba: ofrecía más velas a las Ánimas y esperaba. A veces le parecía sentir el roncar de la lluvia que descendía de las altas lomas. Se dormía esperanzada; pero el cielo amanecía limpio como ropa de matrimonio.

La desesperación ante tanto rezo y espera, abrió el abatimiento:

La gente estaba ya transida y la propia tierra quemaba como si despidiera llamas. Todos los arroyos cercanos habían desaparecido; toda la vegetación de las lomas había sido quemada». [Bosch, 2001: 29-36]

La desesperanza que retrata Bosch no se limita a la sequía o a la desaparición de los arroyos; sugiere un abandono espiritual colectivo, una comunidad sumida en el desgaste, aferrada a rituales que ya no ofrecen consuelo ni cambio. La tierra quema como el alma que reza sin respuesta, y ese calor no solo destruye lo físico, sino también la voluntad.

En el poema *La invención del día* (1989), Mármol, cabalga sobre lo transido por toda la ciudad hasta ser «poema 24 al ozama: acuarela»:

todo mi cuerpo, toda mi memoria contenidos por el río que se corre en el ozama. todo mi ser desgonzado y transido. superficie de luces diluidas por donde ya no se oyen las rancias velloneras. yo te nombro ciudad irreal hundida en la penumbra de un recuerdo fatal. [Mármol, 1989: 19]

En contraste, aunque no exento de dolor, el poema de Mármol ofrece una forma de resistencia poética. En *La invención del día*, el yo lírico se muestra desgonzado, transido, pero no anulado. Aun en su quebranto, nombra, recorre, registra. Nombra la ciudad irreal, atrapada en la sombra de lo que fue, pero el acto de nombrar ya implica una forma de reconstrucción, de no dejar que el olvido consuma todo.

Así, en esa tensión entre el abatimiento del cuento de Bosch y la ciudad «hundida en la penumbra» del poema Mármol, emerge una noción distinta: no la resignación, sino la resiliencia silenciosa del ser dominicano que sigue andando y resistiendo, aunque el cuerpo se le deshaga y el recuerdo duela. El sujeto transido dominicano

cabalga por el ciberespacio y el espacio social, entre lo virtual y lo real, va fijando el instante, se vuelve resistente y luchador a la erosión del tiempo. Es resiliencia la convierte en amante a la fiesta y no a la guerra.

§ 3. Conclusión

El sujeto transido crítico no se sitúa en el dualismo entre pesimismo y optimismo; va más allá, porque parte de la esperanza. En mi libro *Cibermundo transido, enredos grises de pospandemia, guerra y ciberguerra* (2023b), trabajé algunas de esas reflexiones filosóficas y sociales desde la pandemia de 2020. En él, dejo bien marcada la apuesta por la esperanza: vivir una vida con propósito, cargada de sentido, porque creo que no podemos perderla.

En ese momento en que escribía (encerrado por meses), reflexionaba sobre el riesgo global, la angustia, el miedo, la soledad, la compasión y la esperanza. Aun así, no abandoné esa apuesta:

[...] apostar por el ancla de la esperanza en el ciber mundo [...] entra en una dimensión ética en valores a través de una conciencia planetaria que entienda que atravesamos un panorama sombrío y de crisis de civilización, en la que hay dos posibilidades: la destrucción o la reconstrucción social, tecnológica, ecológica, económica, educativa, cultural y política del híbrido mundo y ciber mundo. [Merejo, 2023b: 73]

Esto va más allá de la concepción de la esperanza de corte religioso y místico que aborda Han en *La tonalidad del pensamiento* (2024a) y en *El espíritu de la esperanza* (2024b), aunque coincido en algunos puntos, como en que el aumento del miedo y del resentimiento provoca el embrutecimiento de toda la sociedad y, como tal, termina siendo una amenaza para la democracia.

Aunque me reafirmo en la relación que la esperanza guarda con lo contemplativo, la escucha y el saber esperar, me sitúo, en parte (sin dejarme atrapar), en el enfoque filosófico de André Comte-Sponville (2001). Me encuentro en el cruce de lo transido, la sabiduría, la resistencia y el ancla de esperanza.

En fin, sin caer en una visión de la esperanza como espera y deseo pasivo —en la que lo concreto y posible está ausente y es sustituido por un vivir lanzado al futuro sin

mediar el aquí y ahora de manera ética y crítica—, reafirmo la esperanza como una postura vital y reflexiva en medio del caos.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2004), *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Bosch, Juan (2001), *Dos pesos de agua*, en *Cuentos más que completos*. Alfaguara.
- Camus, Albert (2006), *El revés y el derecho*. Madrid, Alianza.
- Comte-Sponville, André (2001), *La felicidad, desesperadamente* (E. Folch González, trad.). Barcelona, Paidós.
- Foucault, Michel (1999), *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós. Col. Obras Esenciales, vol. III.
- Han, Byung-Chul (2021), *La sociedad paliativa*. Barcelona, Herder.
- Han, Byung-Chul (2024a), *El espíritu de la esperanza*. Barcelona, Herder.
- Han, Byung-Chul (2024b), *La tonalidad del pensamiento*. Barcelona, Herder.
- Hölderlin, Friedrich (2015), *Antología*. Madrid, Visor.
- Mármol, José (1989), *La invención del día*. Ediciones Intec.
- Merejo, Andrés (2023a), *Filosofía política en tiempos transidos y cibernéticos*. Santuario.
- Merejo, Andrés (2023b), *Ciber mundo transido: enredo gris de pospandemia, guerra y ciberguerra*. Santuario.
- Merejo, Andrés (2020), «Lo transido en la era del ciber mundo (1 de 4)», en *Acento*, <<https://acento.com.do/opinion/lo-transido-en-la-era-del-ciber mundo-1-de-4-8794421.html>>, [03/02/2025].
- Merejo, Andrés (2017), *La dominicanidad transida: entre lo virtual y lo real*. Santuario.
- Merejo, Andrés (2015), *La era del ciber mundo*. Editora Nacional.
- Merejo, Andrés (2007), *La República Dominicana en el ciber espacio de la Internet: ensayo filosófico cibercultural y cibernético (1995-2007)*. Búho.
- Morin, Edgar (1999), *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Madrid, UNESCO/Santillana, <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000117740_spa.locale=es>, [20/03/2025].
- Nietzsche, Friedrich (2016), *Así habló Zaratustra* en F. Nietzsche, *Obras completas, vol. IV: escritos de madurez II y complementos a la edición* (Diego Sánchez Meca et al. trads.). Madrid, Tecnos.
- Vallejo, César (1971), *Poesía completa*. Juan Pablo.